

La Comédiathèque

Breves de parque

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr

Breves de parque

Jean-Pierre Martinez

«En el trono más alto del mundo, uno nunca está sentado más que sobre su propio culo», decía Montaigne. Así que imagínense en un banco público...

En un parque, en un banco, van sentándose por turnos distintos personajes con destinos singulares que, a veces, se entrecruzan.

Comedia de sketches

Reparto:

21 personajes: de 5 a 21 actores o actrices.

Reparto muy flexible tanto en número como en sexo: cada intérprete puede encarnar varios papeles y casi todos los personajes pueden ser masculinos o femeninos.

1 – Búsqueda del tesoro.....	3
2. Fin de las vacaciones.....	6
3. El autor en cuestión.....	9
4. Las ovejas.....	11
5. Pausa para el café.....	13
6. Hasta las pelotas.....	16
7. El banco de la discordia.....	18
8. Cita romántica.....	20
9. Sin techo.....	22
10. La gente.....	24
11. Las fichas.....	27

1 – Búsqueda del tesoro

Un banco en un parque público. Llega un hombre, seguido por una mujer que lleva una bolsa. Tienen un aspecto un tanto tosco. El hombre mira a su alrededor con inquietud.

Hombre – Venga, date prisa, no hay nadie...

Mujer – ¿Estás seguro de que es aquí?

Hombre – ¡Que sí, que es aquí!

Mujer – Porque antes también decías que era aquí y...

Hombre – No era el parque correcto. Era el banco correcto, pero no era el parque correcto.

La mujer se queda un instante perpleja.

Mujer – ¿Cómo va a ser el banco correcto si no es el parque correcto?

Hombre – ¡Joder! ¿Quieres dejar de discutir de una vez? ¡Saca la pala y ponte a cavar!

La mujer abre la bolsa y saca una pequeña pala militar plegable, que despliega refunfuñando.

Mujer – ¿Y por qué siempre tengo que cavar yo...? Sobre todo después de que la última vez me hicieras cavar para nada...

Hombre – Eso fue hace diez años, así que, claro...

Mujer – ¿Te cayeron diez años de cárcel por atracar un supermercado?

Hombre – ¡Un casino! No un supermercado...

Mujer – Ah, un casino... ¿Y cuánto hay ahí debajo?

Hombre – No lo sé... No tuve tiempo de contarle, fíjate... Lo bastante como para llenar una bolsa, en cualquier caso...

Mujer – Ah, entonces sí que estoy dispuesta a cavar. Un casino... Con la mala suerte que he tenido yo siempre con el juego.

Hombre – Si quieres asegurarte de llevarte el premio gordo en la ruleta, tienes que ir con una pistola.

Mujer – Espero que contigo me haya tocado el número bueno...

El hombre vuelve a mirar a su alrededor. La mujer se dispone a dar el primer palazo.

Hombre – Guarda la pala...

Mujer – ¿Qué?

Hombre – ¡Guarda la pala y siéntate, te digo! Vienen dos polis por ahí...

La mujer, contrariada, guarda la pala. Se sientan en el banco.

Mujer – Saca la pala, guarda la pala... A ver si te aclaras... ¿Y ahora qué hacemos?

Hombre – Nada. Nos sentamos y esperamos.

Esboza una sonrisa forzada. La mujer lo mira, intrigada.

Mujer – ¿Por qué sonríes como un imbécil?

Hombre – ¡No estoy sonriendo! Estoy poniendo cara de inocente...

Mujer – ¿De inocente?

Hombre – ¡Para que no nos fichen los polis! Tú también, haz como si no pasara nada.

La mujer duda y luego imita la sonrisa artificial del hombre. Permanecen así un momento, inmóviles.

Mujer – Me está empezando a dar un calambre en la mandíbula.

Hombre – Ya está, ya han pasado.

Mujer – No eran polis, eran guardas del parque.

Hombre – ¿Y tú cómo lo sabes?

Mujer – Lo ponía en sus gorras. ¿Es que no sabes leer?

Hombre – Ya sabes que no. ¿Para qué preguntas?

Mujer – Eran guardas del parque, te lo digo yo.

Hombre – Bueno, vale, eran guardas del parque. ¿Y qué más da?

Mujer – Nada.

Hombre – No podemos ponernos a cavar un agujero con una pala en un arenero con toda esta gente alrededor.

Mujer – Para eso están los areneros, ¿no?

Hombre – Para los críos, sí. Pero si nos ven a nosotros, les va a parecer sospechoso.

Mujer – Entonces ¿por qué enterraste todo ese dinero en un arenero? ¡En mitad de un parque!

Hombre – ¡Tenía a la pasma pisándome los talones! No estaba para pensármelo mucho. Y como no tenía pala... cavar en la arena con las manos era más fácil.

Mujer – Mira, viene más gente...

Hombre – Da igual. Volveremos esta noche, cuando esté oscuro.

Mujer – El parque cierra a las siete. Lo pone en la entrada. No has leído el cartel.

Hombre – No, no he leído el cartel...

Mujer – Pues esta noche estará cerrado.

Hombre – Mejor. Así por lo menos no nos molestará nadie.

Se disponen a marcharse.

Mujer – Enterraste la bolsa bien honda, ¿no? Porque con todos esos críos cavando en la arena todo el día...

Hombre – No te preocupes, hice un agujero bien grande.

Mujer – ¿Cómo de grande?

Hombre – Lo bastante como para enterrar un cadáver...

Ella le dirige una mirada algo inquieta. Se alejan.

2. Fin de las vacaciones

Llegan dos mujeres y se sientan en el banco. La primera llama a un niño que no vemos, hacia el patio de butacas.

Mujer 1 – ¡No corras así, Kevin, que te vas a volver a caer!

Mujer 2 – Ay, estos críos...

Mujer 1 – A esa edad necesitan desfogarse, claro.

Mujer 2 – Sobre todo los chicos.

Mujer 1 – Sí...

Mujer 2 – Es como el perro. Si no lo sacas por lo menos una vez al día, por la noche no hay quien lo aguante.

Mujer 1 – Mi marido igual.

Mujer 2 – ¡Cuidado con mancharte el vestido, cariño! Ya te has cambiado tres veces desde esta mañana.

Mujer 1 – Menos mal que mañana vuelven al colegio.

Mujer 2 – Ni me lo digas. No puedo más.

Mujer 1 – Ayer fuimos a la piscina y estuvo a punto de ahogarse.

Mujer 2 – ¿No me digas?

Mujer 1 – Yo estaba hablando con el socorrista. Se cayó a la piscina grande y ni nos dimos cuenta.

Mujer 2 – ¿Todavía no sabe nadar?

Mujer 1 – Por lo visto, no. Y eso que lleva ya seis meses yendo a clases. Precisamente estaba hablando de eso con su profesor de natación.

Mujer 2 – Ah, sí, el socorrista... Está bastante bien, ¿no?

Mujer 1 – ¿Lo conoces?

Mujer 2 – También le da clases a Clara.

Mujer 1 – Y cuando dices que está bastante bien... ¿te refieres como profesor?

Mujer 2 – También, sí...

Se ríen.

Mujer 1 – En fin, menos mal que había una señora allí. Se tiró hasta el fondo para sacarlo. Ya estaba completamente azul. El socorrista tuvo que hacerle el boca a boca.

Mujer 2 – ¿El boca a boca? ¿En serio? Dan ganas de ahogarse...

Vuelven a reírse.

Mujer 1 – ¡Kevin, por favor! Puedes dejarle la pala, ¿no?

Mujer 2 – ¡Y tú, Clara, deja también de tirarle del pelo!

Mujer 1 – Te lo juro... Es clavado a su padre. A veces pienso que casi habría preferido que se ahogara...

Silencio.

Mujer 1 – ¿De verdad acabo de decir eso...?

Mujer 2 – No te preocupes. A mí también me entran ganas de matar a alguien de vez en cuando. Sobre todo hacia el final de las vacaciones escolares.

Mujer 1 – Aunque, a pesar de todo, los adoramos.

Mujer 2 – Claro.

Mujer 1 – Pero el lunes también estaremos encantadas de volver al trabajo.

Mujer 2 – Las vacaciones escolares son un invento de los empresarios para que los empleados vuelvan contentos al trabajo después.

Mujer 1 – Parece que se está nublando un poco, ¿no?

Mujer 2 – Sí... Me parece que va a llover.

Una pausa.

Mujer 1 – ¿Qué harías tú si te tocara la lotería?

Mujer 2 – No sé... Me operaría la nariz.

Mujer 1 – ¿La nariz? Pero si tienes una nariz estupenda. ¿Qué le pasa?

Mujer 2 – Me recuerda a la de mi madre. Mi madre tiene exactamente la misma nariz.

Mujer 1 – ¿Y qué?

Mujer 2 – No sé. No la soporto...

Mujer 1 – ¿No será más bien a tu madre a quien no soportas?

Mujer 2 – ¿Tú crees?

Mujer 1 – La tienes atravesada. No la puedes ni oler. Por eso quieres cambiarte la nariz.

Una pausa.

Mujer 2 – ¿Y tú? ¿Qué harías si encontraras una bolsa llena de billetes de quinientos euros?

Mujer 1 – Iría a que me los cambiaran. ¿Qué quieres que haga yo con billetes de quinientos euros? Si ya cuando tengo uno de cincuenta no sé qué hacer con él.

Mujer 2 – Nos hemos pasado la vida contando cada euro, comprando ropa en rebajas, comparando precios, ahorrando en todo. Gastar sin mirar, no sé yo si sabríamos hacerlo.

Mujer 1 – Ya... Soñamos con que nos toque la lotería, pero si ahora mismo nos dieran varios millones, ni sabríamos cómo gastarlos.

Mujer 2 – Antes de aprender a ser rico, hay que desaprender a ser pobre.

Mujer 1 – La pobreza es algo que se te queda pegado a la piel. No te libras de ella así como así. Cuando llevas siglos y siglos siendo pobre, generación tras generación... No. El dinero es mejor dejárselo a los ricos.

Mujer 2 – Con las vacaciones pasa lo mismo. Al cabo de un tiempo, cuando tienes demasiado tiempo por delante, ya no sabes qué hacer con él.

Mujer 1 – El ocio y la opulencia no son cosas que te enseñen en el colegio.

Mujer 2 – En el colegio te enseñan que la ociosidad es la madre de todos los vicios.

Mujer 1 – Sí... Que el tiempo libre es la recompensa por toda una vida de trabajo y que está reservado a los jubilados que están a punto de morir.

Mujer 2 – Cuando no se mueren antes de aburrimiento porque no saben qué hacer con todo ese tiempo libre que de repente les cae encima.

Mujer 1 – Ya... En el colegio te enseñan a trabajar y a contar. Para no dar golpe y tirar el dinero por la ventana, tienes que haber nacido en una familia de multimillonarios.

Una pausa.

Mujer 1 – Igual habría que decirles que dejaran de cavar, ¿no? Están haciendo un agujero de cuidado.

Mujer 2 – Tienes razón. ¿Qué quieren, cavar una tumba o qué?

La otra parece escuchar lo que dicen los niños.

Mujer 1 – ¿Qué dicen? ¿Que han desenterrado una bolsa?

Mujer 2 – No toquéis eso, niños. Seguro que es una guarrada.

Mujer 1 – Vete tú a saber... Igual es un cadáver cortado en pedazos.

Se ríen. Después intercambian una mirada algo inquieta.

Mujer 2 – Niños, ya basta. Tapadme eso ahora mismo y nos vamos a casa. Además, está a punto de llover.

Las dos mujeres se levantan para marcharse.

Mujer 1 – ¿No nos olvidamos de nada?

Mujer 2 – Mientras no nos olvidemos de los críos...

Salen.

3. El autor en cuestión

Llega un hombre y se sienta en el banco. Al cabo de un momento, cierra los ojos. Llega una mujer y se sienta a su lado. Al notar su presencia, él abre los ojos.

Hombre – Perdone, no la había oído llegar.

La mujer sonríe. Silencio.

Mujer – Le escucho...

Hombre – Pensaba que iba a hacerme alguna pregunta, al menos para empezar.

Mujer – ¿Ah, sí?

Hombre – Creía que esto funcionaba así. Que usted me hacía preguntas.

Mujer – Podría empezar por presentarse.

Hombre – ¿Presentarme? Quiere decir... nombre, apellidos, edad, profesión... como dicen los policías.

Mujer – ¿Considera esta entrevista un interrogatorio? Entonces tendrá usted algo que reprocharse...

Hombre – Ahí me ha pillado.

Mujer – Tampoco estoy aquí para pillarle. Esto no es un partido. No habrá ningún perdedor.

Hombre – De acuerdo.

Mujer – ¿Cómo se presentaría usted ante el mundo que lo rodea? Esa es la cuestión.

Hombre – Puesto que hay que elegir una palabra, diría que soy autor. Escritor sería demasiado pretencioso. Los verdaderos escritores son los grandes novelistas. Un autor de teatro no hace más que escribir diálogos.

Mujer – Entonces ¿Shakespeare y Molière no serían verdaderos escritores?

Hombre – Los personajes de sus obras hablaban en verso. Yo escribo como habla la gente... Creo que a ellos sí se les puede llamar dramaturgos. Pero dramaturgo sigue sonando un poco demasiado serio para mí.

Mujer – ¿Y por qué?

Hombre – Porque dramaturgo lleva dentro la palabra drama. No me reconozco demasiado en esa denominación de dramaturgo o autor dramático. Yo solo escribo comedias. La vida ya es bastante trágica de por sí. ¿Para qué añadir más?

Mujer – Pero usted es un artista.

Hombre – Tampoco me gusta demasiado esa palabra. Da la impresión de que el artista no es un hombre como los demás, sino una especie de médium conectado con algún más allá del que se encarga de traernos unos cuantos ecos al común de los mortales. Yo solo hablo del mundo que nos rodea. Un escritor, y sobre todo un poeta, quizá sea un artista. Un autor es un artesano. Y un autor de teatro... podríamos decir que es un obrero especializado.

Mujer – En resumen, se niega usted a tomarse en serio... pero quiere que los demás lo tomen en consideración. Es un poco contradictorio, ¿no?

Hombre – Nunca deberíamos hacer demasiado caso a quienes tienen una opinión demasiado elevada de sí mismos. Las comedias se burlan, ante todo, de la gente que se toma demasiado en serio.

Mujer – Va a publicar su obra número cien. Son muchas...

Hombre – Demasiadas, dirán algunos.

Mujer – ¿A qué se debe esa bulimia de escritura?

Hombre – Siempre he tenido ganas de contar historias. Seguramente porque, de niño, nunca me contaron ninguna. Creo que todas esas historias que invento me las cuento, antes que nada, a mí mismo.

Mujer – Y, sin embargo, empezó a escribir bastante tarde...

Hombre – Cervantes empezó a escribir al acercarse a los cuarenta.

Mujer – Cervantes... Así que, a pesar de todo, toma como modelo a un novelista.

Hombre – Don Quijote es, ante todo, un personaje cómico. Precisamente porque se toma demasiado en serio. Y porque confunde sus sueños con la realidad.

Mujer – Confundir los sueños con la realidad es una locura. Intentar convertir los sueños en realidad es un proyecto razonable.

Hombre – Convertir los sueños en realidad es el propósito tanto de la religión como del teatro. Y tanto en la iglesia como en el teatro, esa realidad está condicionada por un acto de fe del público. Seguramente fue porque la Iglesia consideraba el teatro un competidor peligroso por lo que persiguió a los actores con tanto empeño.

Mujer – Y si la propia realidad no fuera más que una ilusión, usted y yo no seríamos sino criaturas ficticias del gran director de escena del universo.

Hombre – Lo que nos devuelve a Shakespeare: el mundo entero es un teatro.

Mujer – Y nosotros no hacemos más que pasar por él...

Ella se levanta y le tiende la mano. Él la toma y se levanta a su vez. Salen.

4. Las ovejas

Llega un hombre y se sienta en el banco. Saca de su bolsa un ovillo de lana y unas agujas y se pone a tejer. Llega una mujer, con una sonrisa electoral en los labios y un montón de folletos en la mano.

Mujer – Buenos días, señor. ¿Me permite que le moleste un segundo?

Hombre – Eh... Sí.

Mujer – ¿Qué está tejiendo? Qué bonito. ¿Una bufanda para su abuela... o para su nieta?

Hombre – Una cuerda para ahorcarme.

Mujer – Ah, sí, de lana... Para el invierno también está bien.

Hombre – Trabajaba en una fábrica textil, pero cerró hace dos años. Desde entonces estoy en paro. Mi mujer me dejó, tuve que vender la casa y...

Mujer – Bueno, tampoco tengo todo el día, pero... ¿cree que será lo bastante resistente?

Hombre – Es lana virgen. Muy resistente, aunque pica un poco alrededor del cuello. ¿Quiere probar?

Mujer – Quizá en otra ocasión... Me presento, y nunca mejor dicho: me llamo Marlene La Polla.

Hombre – ¿En dos palabras?

Mujer – ¿Perdón?

Hombre – La Polla, en dos palabras, ¿o Lapolla, todo junto? Lo digo porque...

Mujer – ¡Ah, sí! No, eh... En dos palabras.

Hombre – De acuerdo. Entonces se presenta usted a las elecciones.

Mujer – ¡Exactamente! ¿Ya conoce nuestro programa?

Hombre – No, pero... he leído su nombre en una pared.

Mujer – Ha visto nuestros carteles, estupendo. ¡Entonces también conoce nuestro eslogan!

Hombre – En realidad era más bien un grafiti. Y el eslogan decía... «Con La Polla, la tendrás en el...». En fin, no me pareció de muy buen gusto, pero bueno.

Mujer – ¡Ah, no! Eso es una falsificación espantosa. Se lo aseguro, buen hombre. Nuestro eslogan es: «Con Marlene, la tendrás para cinco años».

Hombre – Eso es... Solo habían añadido «en el...» antes de «para cinco años».

Mujer – Por desgracia, todavía hay gente que nos odia... ¿y sabe usted por qué?

Hombre – ¿Porque son neonazis?

Mujer – Porque defendemos a los trabajadores, como usted.

Hombre – Yo era el director de esa fábrica.

Mujer – También defendemos a los directivos.

Hombre – En realidad, era el dueño. Había heredado la fábrica de mi padre, que a su vez la había heredado de mi abuelo.

Mujer – No se preocupe. También defendemos a los empresarios y a los rentistas.

Hombre – Defender al mismo tiempo a los trabajadores contra los empresarios y a los empresarios contra los trabajadores... ¿es posible?

Mujer – Es posible cuando se rechaza el pernicioso concepto de la lucha de clases, que es un invento de la izquierda para dividir al pueblo. Para nosotros solo hay un enemigo: el extranjero. El extranjero de fuera y el extranjero de dentro.

Hombre – Mi abuelo era libanés y nuestra fábrica empleaba principalmente a trabajadores magrebíes.

Mujer – ¿Y las ovejas?

Hombre – ¿Perdón?

Mujer – Hilaban lana, ¿no?

Hombre – La lana venía de Cachemira.

Mujer – En lo que respecta a la industria, nosotros defendemos el derecho de suelo. Mientras se fabrique en nuestro país...

Hombre – Pues ahora se fabrica en China...

Ella le pone un folleto en la mano.

Mujer – En fin, le dejo nuestro programa.

Él echa un vistazo al folleto.

Hombre – «Con Marlene, la tendrás para cinco años»...

Mujer – Al menos, a diferencia de los demás candidatos, yo no hago promesas que no pueda cumplir. ¿Cuento con usted el domingo?

Hombre – Si no me he ahorcado antes.

Mujer – El día del Señor, tampoco... ¡Espere por lo menos hasta el lunes!

Ella se aleja. Él vuelve a mirar el programa con expresión dubitativa, se levanta y se marcha a su vez.

5. Pausa para el café

Llegan dos policías de paisano y se sientan en el banco para tomarse un café en un vaso de cartón.

Policía 1 – ¿Qué llevas ahora?

Policía 2 – Lo de siempre. Una madre que dejó que su hijo se ahogara en una piscina.

Policía 1 – ¿Homicidio imprudente?

Policía 2 – Más bien un acto fallido.

Policía 1 – ¿Y el socorrista dónde estaba?

Policía 2 – En los vestuarios, precisamente con la madre. Le estaba enseñando a hacer el boca a boca.

Una pausa.

Policía 2 – ¿Y tú?

Policía 1 – Un tipo al que le cayeron diez años por atracar un casino. Nunca apareció el botín.

Policía 2 – Se ha puesto todo tan caro... Dentro de poco, cuando atraquen un supermercado, ni se llevarán la caja. Saldrán con paquetes de pasta y botellas de aceite.

Policía 1 – Tuvo que esconder la pasta en alguna parte.

Policía 2 – ¿Y?

Policía 1 – Acaba de salir de la cárcel. Le estamos echando un ojo por si se le ocurre ir a recuperar el dinero.

Policía 2 – ¿Cuánto?

Policía 1 – Unos cinco millones.

Policía 2 – El premio gordo.

Policía 1 – El tío debió de pensar que era más seguro atracar un casino que esperar a que le tocara la lotería.

Silencio.

Policía 2 – ¿Por qué elegiste este oficio?

Policía 1 – No sé. De pequeño jugábamos a policías y ladrones. Y yo, como un idiota, pensé que con uniforme tendría más posibilidades de ligar.

Policía 2 – Mala suerte: eres policía de paisano.

Policía 1 – Seguro que por eso sigo soltero. ¿Y tú?

Policía 2 – Yo sigo casado. De momento...

Policía 1 – No, digo por qué elegiste tú la policía.

Policía 2 – Para salvar el mundo. Cuando era niño me fascinaban los superhéroes. Como no tenía superpoderes, entré en la policía. Por lo menos para tener una pistola. Y resulta que ni siquiera puedes usarla. Ni para suicidarte.

Policía 1 – Teníamos que habernos hecho socorristas. No tienes muchas oportunidades de salvar vidas, pero al menos puedes pasarte el día mirando a tías en bañador.

Policía 2 – Para socorristas no teníamos el físico.

Policía 1 – Seguro que por eso acabamos en la policía. Por cierto, habrá que volver al trabajo.

Policía 2 – ¿Está por aquí tu atracador de casinos ?

Policía 1 – Los guardas del parque lo vieron esta mañana con una cómplice. Estaban jugando en ese arenero con una pala.

Policía 2 – Por lo menos han sabido conservar el alma de niños. Nosotros también tendríamos que haber elegido ser ladrones en vez de policías.

Llega una mujer con un montón de folletos en la mano.

Mujer – Buenos días, señores. ¿Les gusta el teatro?

Policía 2 – Somos más de series policiacas, pero bueno...

Mujer – Es una comedia cortita que se representa en una sala de aquí al lado, todos los días menos los lunes, los martes, los miércoles, los jueves, los viernes y los sábados.

Policía 1 – O sea, todos los domingos.

Mujer – A las 18:37 exactamente. Han tenido suerte: empieza dentro de un cuarto de hora.

Les entrega un folleto a cada uno. Ellos los cogen y les echan un vistazo.

Policía 1 – *(leyendo el folleto)* «Mala obra busca buen público». ¿Ese es el título?

Mujer – Es teatro de vanguardia. Teatro dentro del teatro y esas cosas, ¿saben?

Policía 2 – ¿De qué va?

Mujer – Es la historia de un autor que está a punto de escribir su obra número cien y se queda paralizado por el miedo a la página en blanco.

Policía 1 – Suena bastante coñazo, ¿no?

Mujer – Mire, yo solo reparto los folletos.

Policía 2 – ¿Usted no sale en la obra?

Mujer – No.

Policía 1 – Pero la habrá visto, por lo menos.

Mujer – El autor todavía no la ha escrito. O al menos eso es lo que he entendido.

Policía 2 – O sea, que está repartiendo publicidad de una obra que todavía no está escrita.

Mujer – Aún le queda un cuarto de hora...

Policía 1 – ¿Un cuarto de hora? ¿Para que el autor escriba la obra, los actores se aprendan el texto y al director le dé tiempo por lo menos a darles cuatro indicaciones?

Mujer – Por otro lado, tampoco pone el listón demasiado alto... «Mala obra busca buen público». Casi tengo la impresión de estar pidiendo limosna.

Policía 2 – Pero ¿le pagan?

Mujer – Ni eso. Solo me han invitado al estreno.

Policía 1 – Esta noche, entonces.

Mujer – ¿Vendrán?

Policía 2 – ¿Por qué no?

Mujer – Digan que vienen de mi parte. Les harán un dos por uno.

La mujer se aleja.

Policía 1 – ¿De verdad piensas ir?

Policía 2 – No, pero parecía tan desesperada...

Policía 1 – Bueno, pues a currar.

Se levantan y salen.

6. Hasta las pelotas

Llegan dos jubilados con toda la parsimonia del mundo y se sientan en el banco. Permanecen un momento mirando al frente en silencio.

Jubilado 1 – ¿Qué tal?

Jubilado 2 – Mal.

Jubilado 1 – Ya, eso ya lo veo. No tienes muy buena cara. ¿Qué pasa?

Jubilado 2 – El mundo entero se está derrumbando a nuestro alrededor ¿y tú me preguntas qué pasa?

Jubilado 1 – Ah, sí... El mundo... Me habías asustado. Pensaba que pasaba algo.

Jubilado 2 – No, no, tranquilo, todo va bien. Aquí estamos, cómodamente sentados en nuestro banco, como pasajeros de primera clase en el Titanic. Preferimos no saber lo que está pasando en la bodega. Y esperamos tranquilamente a chocar contra un iceberg y desaparecer en el fondo del abismo.

Jubilado 1 – Has dormido mal, ¿no?

Jubilado 2 – Pero ¿es que no lo entiendes? Vivimos en una islita de riqueza rodeada por un océano de miseria.

Jubilado 1 – Hoy te ha dado por las metáforas marítimas...

Jubilado 2 – Ya.

Jubilado 1 – ¿Vas a votar el domingo?

Jubilado 2 – Sinceramente, ya no sé si merece la pena.

Jubilado 1 – ¿Votas a la izquierda o a la derecha?

Jubilado 2 – La izquierda, la derecha... Ya no sé muy bien qué significa eso. Al final, todos hacen la misma política.

Jubilado 1 – Está claro que nadie nos va a subir las pensiones. Pero bueno, todavía quedan las cuestiones sociales.

Jubilado 2 – Mejor no me hables de cuestiones sociales... Yo era profesor de matemáticas. Mi padre era maestro. Mi abuelo era republicano español. La izquierda que yo conocí era anticlerical. El laicismo, la liberación de las costumbres, el feminismo, la píldora, el aborto... Todo eso era la izquierda.

Jubilado 1 – ¿Y...?

Jubilado 2 – En cualquier caso, luchaba contra el conservadurismo religioso. Mi izquierda era comecuras, porque la religión católica era la religión de los patronos. La izquierda de hoy le lleva las maletas al integrismo con el pretexto de que esta vez se trataría de la religión de los oprimidos. Lo siento, pero yo sigo siendo marxista: la religión es el opio del pueblo. Punto.

Jubilado 1 – Tranquilízate, que te va a dar algo.

Jubilado 2 – Después de todo, tú tienes razón. ¿A nosotros qué nos importa ya todo esto? Dentro de unos años volverá a estar prohibido abortar en toda Europa, como ya ocurre en Estados Unidos, hombres y mujeres dejarán de ir juntos a la piscina, la escuela pública habrá desaparecido en beneficio de las escuelas religiosas. Pero nosotros estaremos muertos...

Jubilado 1 – ¿Estás hasta las pelotas?

Jubilado 2 – Sí, estoy hasta las pelotas...

Jubilado 1 – Pues venga, vamos a tomar algo. Ya verás cómo se te pasa.

Se levantan y se alejan.

7. El banco de la discordia

Llegan un hombre y una mujer. Miran el banco.

Mujer – Entonces ¿es este?

Hombre – Sí, señor alcalde. Quiero decir, señora alcaldesa.

Mujer – Entonces, en su opinión, ¿lo más sencillo sería quitarlo?

Hombre – Se ha convertido en el punto de encuentro de todos los yonquis del barrio.

Mujer – Pero el parque cierra por la noche, ¿no?

Hombre – Basta con saltar la verja. Todas las mañanas encontramos jeringuillas por todas partes. Incluso hemos encontrado algunas en el arenero. Algún niño podría haberse pinchado con ellas. Varias madres se han quejado al ayuntamiento, y le recuerdo que toda madre de familia es también una electora.

Mujer – Por otro lado, es precisamente en este banco donde esas madres se sientan para vigilar a sus hijos mientras juegan en la arena con jeringuillas usadas.

Hombre – Sí.

Mujer – Entonces, si quitamos el banco, ¿dónde van a sentar el culo?

Hombre – También es verdad.

Mujer – Eso es lo que se llama un dilema.

Hombre – Sí.

Silencio.

Mujer – ¿Sabe exactamente qué significa la palabra «dilema»?

Hombre – No.

Mujer – Yo tampoco. Tendré que mirarlo cuando vuelva. Es una palabra que uso mucho últimamente.

Hombre – Sí.

Mujer – Bueno, ¿qué hacemos? Dejamos el banco, los yonquis siguen utilizándolo para chutarse y las madres siguen aterradas pensando que sus hijos pueden pillar el sida. O quitamos el banco y ya no puede sentarse nadie.

Silencio.

Hombre – O ponemos un segundo banco.

Mujer – ¿Un segundo banco?

Hombre – Para los yonquis.

La mujer mira el banco y luego al hombre.

Mujer – No es mala idea.

Hombre – Gracias.

Mujer – Pero ¿qué nos garantiza que cada uno se siente en el banco que le corresponde?

Hombre – Ponemos un cartel.

Mujer – ¿Un cartel? Algo así como... «Banco reservado a yonquis». Acabaríamos de inventar la sala de consumo supervisado al aire libre. No estoy segura de que todos nuestros vecinos lo vieran con buenos ojos.

Hombre – Hagámoslo al revés. En este banco ponemos: «Banco reservado a padres acompañados de sus hijos».

La mujer reflexiona.

Mujer – Señor primer teniente de alcalde, es usted un genio.

Hombre – Gracias, señora alcaldesa.

Los dos se sientan en el banco.

Mujer – La verdad es que habría sido una pena quitar este banco.

Saca un porro del bolsillo.

Mujer – ¿Un porrito?

Hombre – Venga...

Ella enciende el porro, le da un par de caladas y se lo pasa al otro.

Mujer – Ahora solo falta esperar que a los yonquis no se les ocurra venir a chutarse con sus hijos...

Él la mira, perplejo. Se levantan y salen.

8. Cita romántica

Llega un hombre. Vacila, mira a su alrededor, consulta el reloj y finalmente se sienta. Llega una mujer.

Mujer – Buenos días. ¿Es usted...?

Él se levanta.

Hombre – Sí. Perdone, he llegado un poco pronto.

Mujer – Yo también.

Hombre – Siéntese, por favor.

Los dos se sientan. Silencio incómodo.

Mujer – Una cita en un parque, en un banco público... Es original.

Hombre – Sí. Es... Es por la canción...

Mujer – ¿La canción...?

Hombre – La canción de Brassens. Ya sabe, este famoso cantante francés... Los enamorados que se besuquean en los bancos públicos.

Mujer – Ah, sí... Bueno, todavía no hemos llegado a eso.

Hombre – No, claro... Perdone...

Mujer – No, si es muy romántico. Además... tiene usted una pinta muy simpática.

Hombre – Gracias.

Silencio.

Mujer – Es curioso. No nos conocemos y... ni siquiera me apetece hacerle preguntas.

Hombre – A mí tampoco.

Mujer – Tengo la impresión de saber ya todo lo que necesito saber de usted.

Hombre – Yo también. Es extraño, sí.

Una pausa.

Mujer – ¿Se lo imagina? Un hombre y una mujer se conocen. No se hacen ninguna pregunta sobre su pasado. Y pasan el resto de su existencia juntos, como si sus vidas hubieran empezado ese mismo día.

Hombre – Sin que ninguno de los dos sepa de dónde viene el otro ni qué hizo antes.

Mujer – ¿Cree que sería posible?

Hombre – Cuando dos personas viven juntas, al final siempre acaban sabiéndolo todo la una de la otra, ¿no?

Mujer – Entonces tendrían que no vivir juntos.

Hombre – ¿No vivir juntos?

Mujer – Digamos que se encuentran todos los jueves a la misma hora, en el mismo banco. Pasan un rato juntos y después cada uno se vuelve por su lado.

Hombre – ¿Sin que ninguno de los dos cuente nada de su vida personal?

Mujer – Nada.

Hombre – Pero ¿se quieren?

Mujer – Ah, sí, claro.

Hombre – Lo digo porque en un banco...

Mujer – Para darse un revolcón siempre están los arbustos de al lado.

Hombre – Sí, es... Es muy romántico.

Mujer – Podría ser el argumento de una novela, ¿no?

Hombre – Es verdad. Muy novelesco.

Mujer – Pero... ¿qué?

Hombre – Un hombre y una mujer que no saben nada el uno del otro y que se encuentran furtivamente en un parque una vez por semana para darse un revolcón entre los arbustos...

Mujer – Tiene razón. Se parece mucho a una cita entre una prostituta y un cliente habitual.

Hombre – Sí...

Silencio.

Mujer – Al venir he visto un hotelito no muy lejos...

El hombre se levanta precipitadamente.

Hombre – Vamos.

Ella se levanta a su vez. Salen.

9. Sin techo

Llega una mujer sin hogar y se instala en el banco. Llega otro sintecho.

Hombre sin hogar – ¡Eh, ese es mi banco!

Mujer sin hogar – ¿Tu banco?

Hombre sin hogar – Exactamente.

Mujer sin hogar – Es un banco público. ¿Cómo va a ser tuyo?

Hombre sin hogar – Tú eres nueva, ¿verdad?

Mujer sin hogar – ¿Por qué?

Hombre sin hogar – No conoces las reglas.

Mujer sin hogar – ¿Qué reglas?

Hombre sin hogar – Las reglas. La ley de la calle.

Mujer sin hogar – ¿Y quién ha inventado esas reglas? ¿Tú?

Hombre sin hogar – No.

Mujer sin hogar – Entonces ¿por qué va a ser tuyo este banco?

Hombre sin hogar – Pues... porque llevo una semana durmiendo en él.

Mujer sin hogar – Hay un montón de bancos en este parque. Y por la noche el parque está cerrado. Coge otro.

Hombre sin hogar – Ya, pero estoy acostumbrado a este.

Mujer sin hogar – Para ser un sintecho, eres bastante hogareño.

Hombre sin hogar – ¿Hogareño? ¿Yo?

Mujer sin hogar – No sabes lo que significa, ¿verdad?

Hombre sin hogar – No.

Mujer sin hogar – Anda, siéntate. Ya buscaré otro banco, si tanto cariño le tienes a este.

El hombre duda un instante y luego se sienta.

Hombre sin hogar – Ya verás. Cuando ya no tienes una casa, las costumbres son lo único que te queda.

Mujer sin hogar – Espero no acostumbrarme a dormir en la calle.

Hombre sin hogar – Eso lo decimos todos. Al principio... ¿Cuánto tiempo llevas en la calle?

Mujer sin hogar – No sé... Un mes. ¿Y tú?

Hombre sin hogar – Yo ya no lo sé. Quince años. Veinte. La calle es como la cárcel. Solo que estás encerrado fuera.

Mujer sin hogar – Yo acabo de salir de la cárcel. Créeme, prefiero estar fuera. ¿Tú has estado alguna vez en el talego?

Hombre sin hogar – No.

Mujer sin hogar – No me extraña. Tienes cara de buena persona.

Hombre sin hogar – A veces preferiría tener cara de pocos amigos. Para que te respeten en la calle, ayuda.

Una pausa.

Hombre sin hogar – ¿No había nadie esperándote cuando saliste de la cárcel?

Mujer sin hogar – Ya me llevaba mal con mi familia antes... Cuando has estado en la cárcel eres como un apestado. La gente prefiere evitarte. Y eso que la cárcel no es contagiosa.

Hombre sin hogar – ¿Qué hiciste para acabar en la cárcel?

Mujer sin hogar – Mi jefe me acosaba un poco demasiado. Le corté la carótida con un cúter.

Hombre sin hogar – Con un currículum así no te va a resultar fácil encontrar trabajo.

Mujer sin hogar – Voy hacia el sur para trabajar en la vendimia. Por suerte, en el campo falta mano de obra, así que no se ponen demasiado exigentes. Por lo menos tendré alojamiento.

Hombre sin hogar – Mientras dure la vendimia, por lo menos.

Mujer sin hogar – ¿No quieres venir conmigo?

Hombre sin hogar – Ya no estoy acostumbrado a trabajar. Para levantarte a currar por la mañana, primero tienes que haber dormido en una cama.

Mujer sin hogar – Allí te darán una cama.

Hombre sin hogar – No estoy seguro de que todavía sepa dormir en una cama. Ten cuidado. Cuando hayas olvidado cómo se duerme en una cama, entonces sí que estarás de verdad en la calle.

Mujer sin hogar – Te dejo tu banco.

Hombre sin hogar – Gracias.

Ella se aleja. Él la mira marcharse, parece dudar y finalmente se levanta también.

Hombre sin hogar – ¡Espera...!

Sale.

10. La gente

Llega un hombre muy elegantemente vestido, con sombrero de copa, seguido por otro con uniforme de chófer y gorra.

Chófer – Que el señor no se preocupe. La asistencia vendrá a por el Rolls y ya viene de camino otro coche para llevarnos de vuelta al castillo.

Multimillonario – Gracias, buen hombre.

El chófer limpia el banco con un pañuelo.

Chófer – Si el señor tiene la bondad de sentarse.

El multimillonario se sienta y mira a su alrededor.

Multimillonario – Todo esto es muy pintoresco... Pero ¿dónde estamos exactamente?

Chófer – Exactamente... estamos en la esquina de la calle de la Paz con la calle...

Multimillonario – No, me refiero a qué es este sitio.

Chófer – Es un parque, señor.

Multimillonario – ¿Un parque?

Chófer – Un jardín público.

Multimillonario – ¿De veras?

Chófer – Pensé que para esperar el coche sería mejor que quedarse en la calle o meternos en una cafetería. Este es un barrio muy popular, ¿sabe? La gente como ellos no está acostumbrada a ver a gente como usted.

Multimillonario – ¿Gente como yo...?

Chófer – Personas de su posición.

Multimillonario – Podríamos haber pasado de incógnito. No tienen por qué saber que soy barón y que poseo la quinta mayor fortuna de Europa.

Chófer – Créame, señor, no habría pasado inadvertido.

El multimillonario vuelve a mirar a su alrededor.

Multimillonario – Un jardín público...

Chófer – Como el jardín del castillo del señor, pero abierto a todo el mundo.

Multimillonario – Pero no veo ningún castillo...

Chófer – El castillo es... el ayuntamiento.

Multimillonario – Entiendo.

Chófer – La gente viene aquí con sus hijos para tomar un poco el aire.

Multimillonario – Ah, sí... La gente...

Chófer – Cuando no está trabajando, naturalmente.

Multimillonario – Por supuesto. Está bastante limpio, la verdad. Y... supongo que es la propia gente quien se ocupa de mantenerlo, ¿no? Creo que eso se llama huertos obreros.

Chófer – Eh... No, señor. Los huertos obreros son para cultivar verduras. Esto es un jardín público. Lo mantienen los jardineros del ayuntamiento.

Multimillonario – Comprendo. Y la gente viene aquí a descansar.

Chófer – Exactamente. A reponer su fuerza de trabajo, como dice Marx.

Multimillonario – ¿Cómo dice?

Chófer – Karl Marx, señor. Para Marx, el trabajo es una mercancía. Y su valor equivale al valor del conjunto de bienes materiales e inmateriales necesarios para su reproducción. Es decir, no solo la vivienda y la alimentación, sino también unas cuantas distracciones indispensables para evitar que el proletario caiga en una depresión y se vea tentado por el suicidio.

Multimillonario – Ya veo... Pan y circo, como decía Julio César...

Chófer – Sí, si el señor lo prefiere. Aunque, si me permite, el fenómeno de la lucha de clases, que conduce inevitablemente a la dictadura del proletariado, está mucho mejor analizado en El capital.

Multimillonario – ¿Ha leído usted El capital?

Chófer – ¿Usted no, señor?

Multimillonario – Pues no, debo confesar que no...

Chófer – Siempre llevo un ejemplar en el Rolls. Como paso mucho tiempo esperando al señor, aprovecho para instruirme. Es mi libro de cabecera, como suele decirse. Para algunos es la Biblia; para mí, El capital.

Multimillonario – Pero dígame, buen hombre... De acuerdo, ha leído El capital, pero no será usted marxista, ¿verdad?

Chófer – Sí, señor.

Multimillonario – Karim, ¿además de musulmán es usted marxista?

Chófer – Sí, señor.

El multimillonario lo mira perplejo.

Multimillonario – No importa. Me lo quedo de todas formas.

Chófer – Gracias, señor...

Suena el móvil del multimillonario y este contesta.

Multimillonario – Ah, querida, es usted. Nos ha ocurrido una cosa absolutamente rocambolesca. Al Rolls le ha reventado un manguito en pleno barrio popular y hemos tenido que refugiarnos en un parque... Un parque, querida. Un jardín público, si lo prefiere. (*Más bajo.*) Pero dígame, querida, ¿usted sabía que nuestro chófer era marxista? No, no, por supuesto que no me molesta, pero... podría habérmelo comentado. Bueno, luego hablamos, ¿de acuerdo?

Suena también el móvil del chófer y este contesta.

Chófer – Vale, gracias... (*Al multimillonario.*) Su coche le espera, señor.

Se levantan para marcharse.

Multimillonario – Muy bien, entonces vámonos... Pero, al final, esta aventura ha resultado bastante divertida, ¿no cree?

Chófer – Sí. De hecho, me recuerda a una película...

Multimillonario – ¿Una película? ¿Qué película?

Chófer – Una película con Louis de Funès, señor.

Multimillonario – No me diga que, además de musulmán y comunista, ¿también es cinéfilo?

Salen.

11. Las fichas

Regresan los dos delincuentes de la primera escena.

Hombre – Esta vez ya se ha ido todo el mundo.

Mujer – El parque está cerrado y es de noche. No deberíamos estar aquí.

Hombre – ¿Qué pasa, tienes miedo?

Mujer – Esto que estamos haciendo no es precisamente legal.

Hombre – ¿Qué no es legal? ¿Saltar la verja de un parque o desenterrar una bolsa de dinero robado de un supermercado?

Mujer – Bueno, si tú dices que es aquí...

Hombre – Que sí, que es aquí. Venga, cava...

La mujer saca la pala de la bolsa.

Mujer – Vale.

Oscuro. Luz.

Los dos miran una bolsa colocada sobre el banco.

Hombre – ¿Ves como te dije que estaba aquí?

Mujer – Tenías razón.

Hombre – Pues venga, ábrela.

Mujer – ¿Aquí?

Hombre – Podemos echar un vistazo.

La mujer abre la bolsa con impaciencia. Parece sorprendida por lo que ve. Saca un puñado de fichas de casino.

Mujer – ¿Pero qué es esto?

Hombre – Pues lo que cogí en el casino.

Mujer – ¿Fichas?

Hombre – Sí, fichas. Pero ahí dentro hay una fortuna, ¿sabes?

Mujer – ¿Fichas? ¿Robaste fichas?

Hombre – Siempre podemos ir a cambiarlas a la caja, ¿no?

Mujer – Ya... También podemos robar un carrito en un supermercado antes de que el que lo ha llenado pase por caja.

Hombre – El crupier había activado la alarma. Fue lo único que me dio tiempo a coger. Ya oía las sirenas de la policía.

La mujer mira la bolsa con perplejidad y luego levanta la vista hacia él.

Mujer – Sí... Desde luego, contigo me ha tocado el premio gordo.

Hombre – Yo pensaba que podríamos cambiarlas en la caja...

Una pausa.

Mujer – Todavía hay algo que no entiendo.

Hombre – ¿Qué?

Mujer – Si solo robaste unas fichas, ¿por qué te cayeron diez años de cárcel?

Hombre – No sé... En los periódicos, el dueño del casino dijo que le habían robado varios millones.

Mujer – Ya veo... Debió de declarar que también habían robado todo el dinero de la caja y luego se lo cobró del seguro.

Hombre – Hay gente muy poco honrada, te lo juro.

Mujer – Ya...

Hombre – Entonces ¿qué hacemos?

Mujer – Con todo esto, el dueño del casino ha doblado su apuesta. Si le devuelves las fichas, quizá acepte comprártelas por la mitad de su valor a cambio de que te calles.

Hombre – ¿Tú crees?

Mujer – Por probar...

Salen.

Regresan los dos policías y se detienen un momento delante del banco.

Policía 1 – No he entendido nada. ¿Y tú?

Policía 2 – Ya sabes cómo es el teatro de vanguardia.

Policía 1 – Bueno, también es verdad que solo pagamos una entrada de las dos.

Llega la mujer que antes les había repartido los folletos.

Mujer – ¿Y? ¿Les ha gustado?

Policía 2 – Sí, no estaba mal...

Policía 1 – Así que era su obra número cien, ¿no?

Mujer – Eso dicen.

Policía 2 – La verdad es que, siendo la número cien, podría habérselo currado un poco más.

Mujer – Ya...

Policía 1 – ¿Se viene a tomar algo con nosotros? Invitamos nosotros...

Mujer – ¿Por qué no?

Policía 2 – Vamos.

Policía 1 – Y aparte del teatro, ¿a qué se dedica?

Salen.

Oscuro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Joker
El Último Cartucho
Ella y El
Encuentro en el andén
EuroStar
La Corda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer, un salto hacia
atrás para la Humanidad...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Denominación de Origen no Controlada
Después de nosotros el diluvio
El contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
Las Pirámides
Regreso a la escena
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Flagrante delirio
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El infierno son los vecinos
El pueblo más cutre de España
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansa a la fieras
Prehistorias grotescas

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves del Tiempo Perdido
¡Demasiado es demasiado!
Ella y El, Monólogo Interactivo
Escenas callejeras
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
¡Tranquilo!

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs

Todas las piezas de Jean-Pierre Martinez son libremente descargables desde el sitio comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Septiembre de 2026

ISBN 978-2-38602-413-9

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.